

LOS
CRISTALES
DE **VUHRAN**
EL SECTOR MILIAN



LOS CRISTALES DE VUHRÁN

II. EL SECTOR MILIAN

IVÁN BOLAÑOS

LOS CRISTALES DE VUHRÁN: II. EL SECTOR MILIAN

Copyright © Iván Bolaños

Primera edición publicada por Ediciones SM (Perú), 2010

Editado por Tony & Vanchi

Todos los derechos reservados. Este libro, así como cualquiera de sus partes, no podrá ser reproducido en cualquiera forma sin autorización. Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente.

ÍNDICE

LOS CRISTALES DE VUHRÁN	1
CLASE ABITHAN	4
CLASE ILOTHIA.....	5
CLASE LUSOR.....	6
CLASE RIDIAN	7
I. UN TESORO DEL PASADO.....	8
II. EL SECRETO DE DANIR	24
III. LOS SISTEMAS ALARIS, ZIRTH Y QUERIN.....	50
IV. ELST-GHYLANT	71
V. ECOS DE REBELIÓN	93
VI. EL CORRECTOR KLERIAN	125
VII. AUDAZ RESCATE.....	140
VIII. UN NUEVO ROSTRO.....	153
IX. ASALTO A ILIE	161
X. UN PLAN OSCURO	178
XI. LA BATALLA DE ZIRTH-DOS.....	189
XII. UNA SITUACIÓN DESESPERADA.....	199
XIII. EL MÁXIMO SACRIFICIO	213
XIV. LA ÚLTIMA ESPERANZA	227
XV. EL CRISTAL REUNIDO	239
XVI. VISITANTES CÓSMICOS	243
EPÍLOGO.....	245
GLOSARIO	247

CLASE ABITHAN



CLASE ÁBITHAN
VELOCIDAD: 1.22% LUZ
ESLORA: 140 LAKETS
PESO BRUTO: 50,000 DAEMS
CAPACIDAD: 2,200 PASAJEROS

CLASE ILOTHIA



CLASE LUSOR



CLASE RIDIAN

CLASE RIDIAN
VELOCIDAD: 1.25% LUZ
PESO BRUTO: 10 DAEMS
ARMAMENTO: CAÑONES DE PLASMA
DEFENSA: ESCUDO AUTOCALIBRANTE



I. UN TESORO DEL PASADO

A cientos de gurlas de la ciudad de Rodia, en el extremo occidental de una extensa meseta dominada por las estepas, un hombre viajaba en un pequeño y veloz transporte unipersonal. Era un día claro; el cielo estaba despejado y las condiciones para volar a baja altitud eran idóneas. El vehículo se desplazaba silenciosamente. El velocímetro indicaba cerca de ciento cincuenta gurlas por hora. Activó su comunicador.

—Me encuentro a quince minutos del campamento. Muy pronto estaré con ustedes —dijo Esius-Brys, arqueólogo dedicado al estudio de la historia antigua, en especial a la época de la caída de Vuhrán: el reino que, según los antiguos, fue fundado por los dioses a través del atlantur Utal-Lisen.

Esius estaba ansioso por confirmar un importante descubrimiento. Pronto se encontró sobrevolando un río que serpenteaba al este de las montañas de Mansalia septentrional. Divisó una pequeña laguna algo separada del valle principal y descendió cerca de la orilla. En el lugar se levantaba un campamento muy bien equipado, donde lo esperaban dos viejos colegas; ambos jubilosos por la visita.

—¡Lo hemos encontrado! —dijo el más joven en cuanto estuvo lo suficientemente cerca como para estrechar la mano de Esius.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del arqueólogo cuando reconoció, disimulada tras la espesura, la entrada de una caverna:

—¡Apenas puedo creerlo! Tantos años de búsqueda...

Ayudados por la luz de sus linternas, ingresaron a una profunda oscuridad.

En lo más hondo de la cueva, los colegas de Esius-Brys habían encontrado una precaria construcción, de muchos siglos de antigüedad, y en una de sus habitaciones, un pequeño cofre de madera, en cuya cubierta estaba grabado un símbolo que aquellos hombres de ciencia venían estudiando desde años atrás.

—Preferimos no retirarlo de su sitio. Queríamos que lo vieras tal como se ha conservado todo este tiempo —explicó el más joven.

Esius-Brys procedió a levantar cuidadosamente el cofre. Lo examinó detenidamente y dijo:

—Está muy deteriorado por el paso de los siglos, pero coincido con ustedes en que debe contener información valiosísima.

De inmediato lo llevaron al campamento para abrirlo. Descubrieron que la reliquia contenía un extenso pergamino en buen estado de conservación.

—Si tenemos suerte, la fecha deberá coincidir con mis cálculos —dijo el doctor Brys, entusiasmado.

Los resultados de la prueba de partículas subatómicas confirmaron que el documento databa de poco después de iniciada la era priémica.

Habían pasado más de tres mil años desde los acontecimientos en los que participó el gran atlantur Aheolian-Priem, y los descendientes de la Atlántida vivían ahora en paz.

Muchos cientos de millones de personas habitaban los diferentes continentes, gobernados por dos concejos de representantes que tenían su

sede en Rodia, la megaciudad capital del planeta Atlantia. El Concejo del Galot-Orn o cámara baja, estaba formada por trescientos miembros y el Kihan-Sery o cámara alta, contaba con cincuenta representantes. Mientras que los diputados del Galot-Orn eran elegidos democráticamente cada seis años, el cargo en el Kihan-Sery se transmitía por herencia; sus senadores habían mantenido el derecho a gobernar pasándolo de padres a hijos. El significado más apropiado para el término Kihan-Sery era, probablemente, “destinado a gobernar”.

Ambas cámaras conformaban el Aztar y se reunían en un gran salón dividido en dos niveles. Ahí se debatían las leyes y los temas de mayor importancia para el gobierno de Atlantia. El resto del planeta era administrado por concejos locales de legisladores subordinados al Aztar que se ocupan de los asuntos de cada región.

El hambre había sido completamente erradicado y las enfermedades, en su mayoría, controladas. La gente de las costas, los desiertos, los bosques y las montañas de todos los continentes vivía pacíficamente tras haber alcanzado un alto nivel de desarrollo cultural y tecnológico. Se aprovechaba la luz de la estrella Milian para generar electricidad y la energía eólica se empleaba intensamente en las grandes planicies y líneas costeras de todo el planeta. En buena cuenta, los atlantes explotaban eficiente y limpiamente los recursos naturales a su alcance.

En cuanto a la investigación y el desarrollo espacial, los habitantes de Atlantia, el segundo planeta del Sistema Milian, habían alcanzado también logros importantes. Avanzadas tecnologías en el campo de la propulsión les permitieron aventurarse con éxito en el espacio exterior. A medida que dichas tecnologías se fueron perfeccionando, las naves de exploración fueron llegando cada vez más lejos y más rápidamente. Se estaba conquistando la última frontera.

Primero, en el año 3110, se inventó el motor de fisión nuclear. Su corazón era un reactor capaz de realizar un proceso en el que los protones impactaban con el núcleo de elementos radioactivos. La descomposición resultante generaba elementos altamente ionizados, los cuales pasaban a su vez por una cámara de gases primarios. La energía obtenida, que se utilizaba como acelerante, permitía alcanzar velocidades de hasta veintiocho gurlas por segundo o cien mil ochocientas por hora. Gracias a estos avances en materia de propulsión fue posible explorar la totalidad del Sistema Miliánico. Atlantia era uno de sus siete planetas, y sucesivas misiones tripuladas, equipadas con motores de fisión clase Yirón, permitieron visitar Hilan, Kaneb, Kalys, Raglia, Polian, y finalmente Cariat, ubicado a más de cuatrocientos setenta millones de gurlas de la estrella Milian. Se establecieron estaciones científicas sobre la superficie de la mayoría de ellos, así como en varios de sus satélites.

Algunos años antes se habían empezado a construir ciudades en las dos lunas de Atlantia. Pronto, miles de personas se trasladarían a las primeras colonias espaciales permanentes: Nueva Golast en Mosira y Nueva Lemas en Dumia.

Pero recién en el año tres mil ciento treinta y uno la Agencia Espacial lograría desarrollar la tecnología que haría posible dar el primer salto verdadero hacia las estrellas. El propulsor de antimateria, denominado Xires, permitiría alcanzar el uno por ciento de la velocidad de la luz, alrededor de ochocientas cincuenta gurlas por segundo. Ese mismo año se envió un vehículo no tripulado en misión de espacio profundo hacia Yestia, fuera del Sistema Milian. A la nave le tomaría más de trescientos años llegar a la vecina estrella.

“Aún no puedo descifrarlo, es inútil. ¡No encuentro la clave!”, se repetía una y otra vez el frustrado arqueólogo.

Hacía meses que Esius-Brys y sus colegas habían encontrado el enigmático cofre en la cueva de Mansalia y, hasta el momento, trabajando infatigablemente en la privacidad de su hogar en la villa de Kols, en la costa norte del mar de Verul, Esius no encontraba la manera de traducir aquellas frases de la antigüedad.

“Esto es Adiansé antiguo y, sin embargo, no logro entenderlo”, había concluido en más de una ocasión. A pesar de que, efectivamente, el pergamino estaba escrito en la lengua alta del otrora gran reino de Vuhrán, no encontraba sentido alguno a las palabras.

Una noche, cuando estuvo a punto de caer rendido por el cansancio luego de un largo día de trabajo, alguien llamó a la puerta. Miró en el monitor, pero no pudo distinguir a nadie, así que no abrió. Más tarde creyó notar una sombra cerca de la ventana. Preguntó quién era y no obtuvo respuesta alguna. Confundido por la falta de sueño, o debido a alguna otra inexplicable razón, decidió abrir sin saber quién podría ser el visitante.

Al abrir, se encontró con un desconocido de gran fortaleza física, cuya presencia le hizo sentir temor, así que intentó volver a cerrar la puerta.

—Guarde silencio y escuche con atención lo que tengo que decirle —dijo el desconocido impidiéndole a Esius cerrar la puerta—. No pretendo hacerle daño, doctor Brys.

—¿Quién es usted? —preguntó el arqueólogo con voz nerviosa.

—Soy un amigo. Alguien que también busca la verdad sobre el pasado de este mundo. Alguien que vislumbra un glorioso futuro para el

pueblo atlante —respondió con gran convicción—. Doctor, usted tiene en su poder un pergamino muy valioso. No se preocupe, no he venido a robárselo. Creo que con mi ayuda podrá descifrarlo.

Viendo que el inesperado visitante parecía saber demasiado como para no ser tomado en cuenta, Esius-Brys decidió escucharlo. Habló, en primer lugar, acerca de una casta de guerreros de la antigüedad que tuvieron la misión de cuidar la herencia de Utal-Lisen de aquellos que pretendieron usarla con propósitos perversos y egoístas. El sorprendido arqueólogo pudo conocer detalles desconocidos por los historiadores, acerca del trascendental papel que jugó Aheolian-Priem como soldado de dios en los últimos años de la era lisénica. También supo que éste encomendó al último sobreviviente de la casta de los athyrant, el longevo Elir-Ania, la creación de una hermandad de guardianes de los cristales, quienes serían mejor conocidos como los atolian.

—Los atolian cuidaron bien la herencia de Utal-Lisen por muchos años, pero aun bajo su vigilancia, los cristales fueron robados tras la muerte del atlantur —reveló el misterioso hombre.

—¿Robados? ¿Por quién?

—El responsable fue el hijo del atlanat Urias-Kut, quien dirigía una oscura secta de fanáticos ganados a su causa: los puristas. De esa forma empezó una búsqueda y cacería humana que abarcó varias décadas. Los atolian trataron de recuperar los cristales sagrados por todos los medios, pero los puristas se las arreglaron para mantenerse siempre un paso adelante, a la vez que protegían a su señor.

—¿Qué uso quisieron dar aquellos hombres a los cristales? —preguntó Esius.

—Solo sabemos que jamás los emplearon como armas porque el nuevo atlanat así se los había ordenado. Su único propósito fue ocultarlos para que jamás fueran encontrados por quienes ellos consideraban impuros e indignos de la herencia del primer atlantur.

—¿Los atolian nunca encontraron al sucesor de Urias-Kut?

—Jamás lo hallaron. Aun así, estuvieron convencidos de que, como desconfiaba de todos, debió haber pasado sus últimos días escondido y en soledad, en algún remoto rincón de Vuhrán.

—Lo que me cuentas ocurrió hace más de tres mil años. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque a pesar de que muchos siglos han pasado, los atolian prevalecieron.

—¡Tú eres un atolian! —exclamó Esius sorprendido, como si se tratara de un descubrimiento arqueológico vivo.

—Así es doctor Brys, y aunque los guardianes que quedamos estamos decididos a encontrar y preservar el mayor tesoro de la antigüedad, debemos cuidarnos de los puristas, que también han sobrevivido hasta nuestros días.

Luego de permanecer un momento en silencio, el arqueólogo indagó:

—Bien, dijiste que podrías ayudarme a descifrar el pergamino...

El atolian explicó que, para descifrar el pergamino, escrito en Adiansé antiguo, debía emplearse una clave, olvidada desde hacía siglos por todos excepto por los atolian, que indicaba el orden en el cual las palabras debían ser partidas y reordenadas. Con esta ayuda invaluable, el científico empezó a encontrar sentido a las frases de la antigüedad; a

comprender parte del mensaje que encerraba el manuscrito. Pudo saber que había sido escrito por una mujer cuya identidad se revelaba apenas:

Mi madre, cuyo nombre también fue Gisbet, me relató cómo el nuevo elquidian de Eryáhn llegó a nuestro reino para traer la paz luego de la gran guerra que aconteció a ambos lados del mar.

En esa guerra, quienes eran el brazo de Athar en la tierra, los soldados de dios, inclinaron la balanza de la victoria a favor del reino de Oriente. Los invencibles guerreros, que podían luchar con el poder del trueno y el aliento de los dioses, lograron vencer al gran ejército del perverso atlantur Táhel-Calér.

Se podía concluir que la misteriosa mujer había vivido prisionera por muchos años, pues en otro pasaje decía:

Varios meses después de la coronación del atlantur Aheolian-Priem, fui raptada y llevada en contra de mi voluntad hacia el Norte, a las tierras de los jinetes nómadas... El malvado atlanat detenta un control total sobre mí, doblega mi alma con su magia y me tiene cautiva desde hace muchas lunas.

Hace meses que espero un hijo. El desalmado anciano me ha dejado preñada, y ahora contemplo la posibilidad de quitarme la vida con tal de no traer al mundo a su vástago, que seguramente engendrará el mal al igual que él.

Y en otra parte el documento:

Han pasado muchos años desde que fuera raptada de Únthea. Mi hijo, que heredó la maldad de su padre, se hizo de los cristales sagrados y la tabla lisénica secreta, robándolos de la capital del nuevo reino. Luego de años de planear el futuro de la herencia de Utal-Lisen finalmente se dirigió a su refugio, más allá del mar.

Las palabras en el manuscrito le hicieron recordar a Esius-Brys parte de la historia de la antigüedad. Registrados en tablas, se conocían extraños eventos acerca del pasado de la estirpe atlante. En esas crónicas de inicios de la era lisénica, se hablaba acerca de un mundo anterior y de un gran cataclismo que casi acabó con aquel pueblo de hombres valientes y orgullosos. También contaban cómo los dioses habían depositado a miles de sobrevivientes en las costas occidentales de la isla de Vuhrán, como se conoce al continente que se levanta al oeste del mar de Ziáhn.

Por un lado, la ciencia no podía aceptar esa versión del génesis de la vida en Atlantia, fruto de la mentalidad de la época, más orientada al mito y la leyenda que al pensamiento racional. Pero, por el otro lado, era muy difícil de explicar que casi la totalidad de las especies biológicas existentes, hubieran aparecido tan repentina como simultáneamente sobre la superficie del planeta.

—Existe entonces una tabla que ha permanecido escondida hasta nuestros días... —dijo, a modo de hipótesis, Esius.

—Una que debe explicar el mundo original de nuestra raza. Una que cambiará para siempre la historia —respondió el atolian.

—¿Cómo pudo permanecer oculta todos estos siglos?

—Creemos que el atlantur Aheolian-Priem decidió esperar a que el nuevo reino estuviera sólidamente establecido antes de revelar su

contenido. Él temía que el mal pudiera renacer durante sus primeros años de reinado. Pero, al parecer, decidió esperar demasiado.

—El refugio más allá del mar al que se refiere esa mujer. ¿Sabes dónde se encuentra?

—No aparece nada sobre él en los registros de la hermandad atolian.

—La clave que me has proporcionado parece estar incompleta y no me permite seguir descifrando el pergamino. Debo seguir estudiándolo. Espero que entre sus líneas encontremos las pistas que necesitamos.

—Doctor Brys, debe saber que a partir de ahora su vida corre peligro. Los puristas también buscan los cristales sagrados y la tabla secreta, y no dudarán en matar a cualquiera que se interponga en su camino.

Tras despedirse del arqueólogo, no sin antes desearle la mejor de las fortunas, el enigmático hombre abandonó la casa sin dar a conocer su nombre y se confundió en la espesura.

Esius-Brys sabía que, a través de sus hallazgos, debía dar con el lugar donde estaba ubicado el refugio del heredero del atlanat. Sentía una gran excitación al saberse cada vez más cerca del tesoro más grande de la historia. Justo antes del amanecer se quedó profundamente dormido, dejando la pantalla de video encendida.

El noticiero matutino anunció que todo estaba listo para que la tripulación de la nueva nave de exploración clase Sabris realizara el viaje de prueba al planeta Kaneb, cuya órbita lo acercaba en esos momentos a Atlantia.

Ered-Kihal, experimentado piloto de la Agencia Espacial, se levantó muy temprano aquella mañana en su casa de la ciudad costera de Káser, en el extremo sur del continente occidental. Había sido elegido comandante de la misión que probaría el recientemente desarrollado propulsor de antimateria Xires-Dos, capaz de alcanzar el 1,2 por ciento de la velocidad de la luz.

La Sabris había sido diseñada para llevar una tripulación de hasta diecisiete hombres, y su misión primordial sería iniciar la exploración del espacio más allá de las fronteras del Sistema Miliánico.

El transporte de la Agencia recogió puntualmente al comandante Kihal, a las cinco de la mañana, tiempo de Rodia, para llevarlo a la estación de superficie del puerto espacial de Ilie, ubicado cerca del extremo sur del continente oriental, en la orilla opuesta del mar de Ziáhn, cerca del lugar en donde alguna vez se levantó la antigua ciudad de Golast.

A medida que el transporte recorría la distancia de poco más de cuatrocientas gurlas que separaba Káser de la estación, las formas del gran ascensor espacial se fueron haciendo más precisas. Desde una vasta región del planeta podía verse la gigantesca estructura que se elevaba hasta perderse entre las nubes.

Mediante un mecanismo que empleaba poderosos cables de akanium, y con la ayuda de un sistema de propulsores secuenciales, el ascensor permitía transportar desde la superficie del planeta, personal y equipo hasta una órbita baja en el espacio.

El puerto de Ilie se encontraba en el extremo superior de la estructura, a una altitud de noventa y cinco gurlas. Contaba con hangares, laboratorios y módulos habitacionales para albergar tripulaciones permanentes de hasta doscientas cincuenta personas. El viaje desde la superficie del planeta se completaba en tan solo media hora.

Debido a que los reactores de antimateria constituían un serio peligro si su núcleo era expuesto al medio ambiente, este sistema orbital se constituyó en el principal medio para trasladarse de manera segura y eficiente hasta una altitud adecuada para las diversas operaciones espaciales.

A las once y media horas, la Sabris-Uno se desconectó del muelle principal. Pronto iniciaría su primera misión a otro planeta del Sistema Milian.

Cuando se hubo alejado un par de gurlas, Ered-Kihal anunció:

—Control de Ilie... Estamos listos para iniciar secuencia de ignición de antimateria.

—Capitán Kihal, tiene autorización para la activación Xires.

—Comprendido Ilie. Activación en sesenta segundos. Daremos una vuelta por Kaneb y regresaremos para el desayuno de mañana.

—Ered, tráela de vuelta en una sola pieza y yo invito —exclamaron en el puerto.

Luego de alcanzar la velocidad suficiente para que trabajaran los compensadores de inercia, se activaron los potentes propulsores Xires-Dos. La nave experimentó una aceleración extraordinaria. Al cabo de unos minutos se desplazaba a casi mil treinta gurlas por segundo, perdiéndose rápidamente en la vastedad del espacio. Ered-Kihal recorrió en algo más de nueve horas y media la distancia que separaba Atlantia del tercer planeta del sistema, unos treinta millones de gurlas. La misión resultó todo un éxito.

Con el pleno respaldo de la Agencia Espacial, la eficiencia y confiabilidad de la Sabris continuaron probándose en viajes que la llevaron cada vez más lejos. No mucho después se rediseñó la nave para intentar

llevar a cabo la empresa más ambiciosa y audaz de la historia: el viaje tripulado a la estrella Yestia.

Los astronautas viajarían la mayor parte del tiempo en estado de animación suspendida, manteniéndose despiertos por períodos de apenas un año por cada cincuenta años de trayecto. Si todo salía de acuerdo con lo proyectado, el viaje de ida tomaría alrededor de doscientos cincuenta años en completarse.

Tras varias misiones, que lo llevaron incluso hasta el lejano Cariat, el capitán Kihal recibió una comunicación de máxima prioridad de Ilie. Había sido designado para comandar al equipo que intentaría llegar a Yestia. En pocos días empezó a ser reclutado el resto integrantes de la trascendental misión a la vecina estrella; tarea nada sencilla, dado que quienes acudieran a esa misión, probablemente, no volverían a ver a sus seres queridos. Constituiría el más grande reto físico y psicológico, ya que, de tener éxito, regresarían cinco siglos después de haber partido. La tripulación, compuesta por cinco hombres y cinco mujeres, fue trasladada inicialmente a la estación científica de la mayor luna de Atlantia: Mosira.

Como permanecerían encerrados en un reducido habitáculo por largo tiempo, debían acostumbrarse a los retos del confinamiento y a la convivencia permanente del pequeño grupo. Parte del entrenamiento consistiría en vivir aislados en una burbuja sobre la superficie del satélite natural por espacio de año y medio. Desde el primer día algunos manifestaron sus dudas y sentimientos más profundos.

—¿Crees que tendremos éxito? —preguntó el oficial científico a Ered-Kihal.

—Han reunido a los hombres y mujeres más calificados de todo el planeta, y además viajaremos en la nave mejor diseñada por la Agencia

Espacial. Créeme, tendremos éxito —fue la respuesta de un seguro y muy decidido capitán.

Además del duro y exigente entrenamiento físico y psicológico, debían capacitarse en diversos campos científicos y técnicos para llevar a cabo con éxito su misión: medicina, aeronáutica, astrofísica, astronomía, navegación y propulsión, eran algunas de esas disciplinas.

Cerca de dos años más tarde se anunció la fecha exacta en la cual se iniciaría la empresa sin precedentes. Ese día, el doctor Esius-Brys se encontraba en uno de los salones del museo de historia y ciencias de Rodia.

Admirando en silencio el mausoleo donde descansaban los restos del atlantur Aheolian-Priem, trataba de imaginar al hombre que fue capaz de unificar a dos grandes reinos de la antigüedad que vivieron enfrentados por siglos.

A pesar de que entendía y aceptaba la magia y el misterio de los cristales sagrados, y la odisea de los soldados de dios, como una interpretación del simbolismo heroico de la época, había algo que lo tenía totalmente intrigado: qué extraño fenómeno pudo ocasionar la devastadora destrucción de Mesíhn tres milenios antes.

La ciencia no tenía explicación alguna para la misteriosa desaparición de la gigantesca fortaleza ubicada entre Pertegia y las montañas Inem. Todo lo que hoy en día los avanzados y sensibles aparatos podían registrar era una leve e inusual radiación remanente.

Cuando el arqueólogo estuvo a punto de retirarse, otro visitante que también había estado contemplando el mausoleo rompió el silencio:

—Admirable, ¿no es así?

—Fue un gran gobernante en su tiempo.

—Han pasado unos años y ya tendrá usted progresos con el pergamino —susurró aquel hombre, que no era otro que el atolian.

Esius se tomó un momento para observar el salón y tras comprobar que estaban solos y que nadie escucharía su conversación, empezó a hablar:

—Sí, ahora sé que para encontrar lo que buscamos debemos dirigirnos a la isla de Adrosia, antiguamente conocida como Adros. Dentro de la prisión donde hace muchos siglos fueron encerrados miles de inocentes, el nombre del antiguo sacerdote del mal nos guiará al tesoro.

—¡Danir! ¡Quién lo hubiera sospechado!

—¿Por qué no me acompañas? Creo que es tiempo de que unamos esfuerzos. Aún tengo que esperar a que el Instituto de Historia y Cultura me autorice a realizar la expedición a la isla, pero cuando obtenga el permiso, tu ayuda será muy valiosa.

El atolian permaneció en silencio, como evocando algo, y luego dijo: —Debo cumplir con la voluntad del atlantur Aheolian-Priem. El decreto que la isla entera sobre la cual se levanta la prisión sea considerada suelo prohibido. Nadie debía volver a pisar Adros, y como atolian no puedo faltar a ese mandato.

—Entiendo tus motivos y respeto tus creencias —dijo Esius, desilusionado.

—Usted es un hombre de ciencia. Debe continuar con la búsqueda del mayor tesoro de la historia, y es mi deber participar de algún modo en esta empresa.

—¿De qué manera lo harás?

—Conozco a alguien que podría ayudarnos a agilizar los trámites para obtener el permiso.

—¿Crees que sea prudente compartir lo que sabemos con otros? —preguntó el arqueólogo con cierta aprensión.

—Se trata de alguien de mi entera confianza. No debe preocuparse, doctor Brys.

—Entonces esperaré las buenas noticias.

—Le deseo buena suerte —dijo el atolian a manera de despedida.

II. EL SECRETO DE DANIR

Durante el mes de Adia del año 3136, todos pudieron seguir de cerca los últimos preparativos para la misión tripulada a la estrella Yestia. Como parte final de su entrenamiento, Ered-Kihal y su equipo permanecían en el puerto espacial desde hacía dos semanas. Los nuevos hijos predilectos de Atlantia no habían dejado de recibir afectuosos saludos y felicitaciones de todos los rincones del planeta, así como de las colonias permanentes en Mosira y Dumia.

Sobre el mar, un transporte que había partido de Rodia pocas horas antes se acercaba a una isla casi deshabitada.

—Estamos próximos a llegar —indicó el piloto.

—Acércate lo más posible. Hemos sido autorizados a descender a una distancia mínima.

En ese lugar aún se levantaba una milenaria estructura que había servido de cárcel para los enemigos del antiguo reino de Vuhrán. Poco después del último encuentro de Esius-Brys con el atolian, el Instituto de Historia y Cultura le había otorgado el permiso para realizar investigaciones en Danir.

—Estamos cerca de develar uno de los mayores misterios de la historia —exclamó el arqueólogo con emoción.

Bolert-Kor, un viejo compañero de aventuras preguntó intrigado: —
¿Exactamente qué es lo que esperas encontrar en estas ruinas?

—Aún no puedo decírtelo.

—Cuando llamaste y me pediste que te acompañara no esperaba que hubiera tanto misterio...

Esius-Brys recordó las palabras del atolian, aquella noche en su casa de Kols: “Los puristas también habían sobrevivido y amenazaban con arrebatarse el mayor tesoro de la antigüedad”.

—Ten un poco de paciencia —le pidió a su amigo.

Descendieron en un claro de un bosquecillo cercano. La luz de Milian brillaba intensamente hacia el mediodía. Habiendo asegurado la nave, se acercaron al puesto de control del perímetro que rodeaba las ruinas.

—Necesito sus identificaciones —solicitó un guardia, al tiempo que activaba un escáner de retina. Luego de que el dispositivo comprobara que se trataba efectivamente del doctor Brys y su asistente, se les autorizó el ingreso.

—Un visor-robot los acompañará todo el tiempo que pasen al interior del complejo arqueológico. Recuerden que deben volver a este puesto de control antes de que oscurezca.

—Muy bien, eso nos dará tiempo suficiente para completar nuestra primera exploración.

Pronto se encontraron cruzando un arco de piedra. Miles de años atrás, ese arco había enmarcado una gran puerta: el primer obstáculo para ingresar al edificio que mantuvo encerradas en su interior a tantas almas.

El arqueólogo había estudiado detenidamente cuanta información pudo reunir acerca de Danir y ahora, al tener la oportunidad de recorrer la milenaria estructura, confiaba en obtener otra importante pista en su búsqueda de la herencia de Utal-Lisen.

Una vez en el corazón de la prisión, revisó detenidamente la copia de un plano que mostraba la disposición de antiguos túneles y procedió a extraer disimuladamente de su maletín un sofisticado dispositivo electrónico.

Bajando la voz le dijo a su compañero: —Bolert, comprobemos si el generador de hologramas que adquirimos en el mercado negro vale el alto precio que pagamos.

Accionó un señuelo que distrajo brevemente al robot, e inmediatamente procedió a activar el aparato, que proyectó dos imágenes holográficas que los duplicaban a la perfección, emitiendo incluso una traza de calor. Seguidamente otro dispositivo los mimetizó con el entorno. Ahora solo se podían ver los hologramas. Entonces el generador mismo se volvió virtualmente invisible y empezó a alejarse del lugar, llevándose tras de sí al incómodo vigilante.

Contaban con una hora para buscar en las profundidades de Danir, antes de que el programa concluyera y se dieran cuenta de su ausencia. Cuando el visor-robot se hubo alejado lo suficiente, los exploradores se dirigieron hacia la dirección opuesta.

—Según mis cálculos, debemos estar cerca de un muro que oculta un pasaje secreto hacia un nivel inferior, bajo los cimientos de la prisión —dijo Esius.

—¿Cómo sabrás cuál es la pared correcta?

—Por una marca, una señal que indica el lugar exacto.

—¿Qué tipo de marca?

—El nombre del antiguo atlanat de fines de la era lisénica: Urias-Kut.

—¿Urias-Kut? —preguntó Bolert como si aquel nombre lo inquietara por alguna extraña razón.

—Fue un hombre de infinita maldad, y el principal responsable de la gran guerra entre los reinos de Eryáhn y Vuhrán.

—Algo recuerdo de mis clases de historia. Aunque nunca me imaginé que participaría en el rescate de un capítulo tan importante de nuestro pasado.

Tras una intensa y minuciosa búsqueda, empleando linternas especiales que no llamaran la atención, Bolert-Kor creyó reconocer una letra grabada en la pared.

—Me parece que encontré lo que estamos buscando —dijo con excitación.

Efectivamente, un símbolo prolijamente tallado en la roca asemejaba de manera inconfundible una letra “K”. Esius-Brys apenas podía contener la emoción.

Tras retirar la capa de polvo y tierra que cubría la inscripción, pudo observar con toda claridad la señal, lo que lo animó aún más a continuar. Finalmente se podía leer con toda claridad “Urias-Kut”, el nombre del último atlanat de Vuhrán.

El pulso se les aceleró al escuchar el zumbido del robot acercándose. Rápidamente apagaron sus linternas y contuvieron la respiración, guardando absoluto silencio y esperando que sus trajes termo-aislantes no les fallaran.

En ese momento vieron pasar ante ellos sus propias imágenes holográficas. Un sudor frío recorrió sus cuerpos. El vigilante electrónico se detuvo y escudriñó detenidamente el área, dando un giro completo a su

cámara infrarroja. Un instante después los hologramas se alejaron del lugar.

—Calculo que tenemos otros veinte minutos. Debemos apurarnos —dijo Esius.

Empleando un cortador láser perforaron un cuadrado en la pared. Ahora un surco profundo y continuo rodeaba el siniestro nombre. Retiraron el pedazo de roca y encontraron una especie de palanca. Para entonces el robot se encontraba en la parte más alejada de la estructura.

Empujaron la barra hasta su tope y el piso bajo sus pies empezó a descender. Un angosto túnel, que apenas permitía el paso de un hombre a la vez, apareció ante sus ojos. Para recorrerlo tuvieron que agacharse. Así avanzaron decenas de lakets hasta que alcanzaron una cámara circular que tenía en el centro una especie de altar. Sobre el altar brillaba un cofre que devolvía la luz que recibía de sus linternas con tenues destellos dorados.

Dominado por una gran excitación Esius-Brys se acercó, teniendo mucho cuidado en cada paso. Sospechaba que en cualquier instante podría activarse algún tipo de trampa.

Cuando finalmente alcanzó el centro de la sala —impregnada con el olor de un aire que no había sido renovado en cientos, quizás miles de años—, tomó delicadamente el cofre y procedió a abrirlo. Había un pedazo de pergamino escrito en algo que parecía Adiansé antiguo. El documento mostraba, además, en su parte posterior, un mapa que indicaba un sinuoso camino entre montañas.

—Ven, Bolert. Acércate. Ten cuidado de seguir exactamente los pasos que he dado —dijo a su amigo, señalando las huellas que había dejado sobre el polvo.

Cuando estuvieron juntos, Esius le dijo a su compañero:

—Te apuesto a que pertenece al siglo primero de nuestra era.

Comenzó a interpretarlo empleando la misma clave que le fuera revelada por el atolian y logró descifrar lo siguiente:

El cristal sagrado, que el renegado Efahón-Zores se atreviera a fragmentar y que luego las impuras manos de los guerreros athyrant osaran engastar en sus armas demoniacas, yace ahora seguro en las profundidades de la tierra, al oeste del Usgén.

—Esto concuerda con lo que el atolian me relató. El heredero del atlanat quería que únicamente los descendientes de sus seguidores encontraran la herencia de Utal-Lisen.

“Planeó ocultarla hasta que el linaje que consideraba impuro, el del atlantur Aheolian-Priem, fuera desterrado, y quienes creía los auténticos y únicos hijos de Vuhrán gobernarán nuevamente. Adros era un lugar ideal para esconder este mapa, pues había sido olvidado por todos al simbolizar la opresión que ejercieron sobre el pueblo muchos atlantures de la antigüedad”.

—Seguramente a nadie se le hubiera ocurrido buscar pistas aquí —dijo Bolert.

De pronto, del suelo de aquella oscura y fría cámara, empezaron a emanar gases que los tomaron desprevenidos, llenando la habitación muy rápidamente.

Esius-Brys logró ponerse una máscara de respiración a tiempo, pero por desgracia, para su compañero fue demasiado tarde. Tras sentir como sus pulmones literalmente ardían por dentro cayó al suelo exánime.

Luego de intentar frenéticamente reanimar a su amigo, y comprobar que nada podía hacer por él, el arqueólogo se apresuró a retornar a la superficie con el valioso pergamino. Haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma, le explicó al guardia en el puesto de control que necesitaba ir a su vehículo por más equipo.

Tratando de no sucumbir ante el inmenso dolor que le provocaba la pérdida y el hecho de tener que abandonar el cadáver de un gran amigo, encendió el silencioso motor y partió veloz con dirección al Norte. Al poco tiempo, la tristeza por el amigo perdido dejó pasar una embriagante sensación: la de saberse cada vez más cerca de conocer el paradero de los antiguos y enigmáticos cristales de Vuhrán. “Ahora tengo la clave para develar el secreto más grande de la historia”, dijo para sí, sobresaltado. La horrible muerte de Bolert, sin embargo, parecía augurar que la búsqueda de aquel tesoro traería la desgracia para muchos otros inocentes.

A varios cientos de gurlas de la isla de Adrosia se levantaba el continente septentrional del planeta Atlantia, desconocido en la antigüedad y que aún hoy permanecía poco habitado. Hacia allí se dirigió Esius-Brys, decidido a esconderse lejos de ojos y oídos indiscretos.

Esa noche se sentía observado. En dos oportunidades creyó ver una sombra entre los árboles que rodeaban su cabaña.

Al día siguiente, los noticieros anunciaron que las ruinas de Danir habían sido profanadas por un inescrupuloso arqueólogo, quien, dejando a su compañero muerto en una cámara subterránea, había procedido a robar las reliquias que esta albergaba. El nombre de Esius-Brys aparecía en todos los medios, así que no le quedó otro camino que permanecer en la clandestinidad. Ello no fue impedimento para que, en tan solo una semana, tras haber descifrado la totalidad del pergamino, se reuniera con algunos colegas totalmente identificados con su causa. El hecho de tener

que mantenerse escondido y en el anonimato dificultó enormemente su labor. Más de una vez estuvo a punto de ser atrapado por las fuerzas policiales pero, gracias a su buena fortuna, pronto pudo tener listo un equipo con el que se dirigió hacia la cordillera que se elevaba al oeste del mar de Usgén.

Ahora Esius-Brys sabía que la herencia de Utal-Lisen fue llevada a algún punto de las montañas Cosigor. Allí esperaba encontrar un lugar — seguramente muy bien resguardado— que aún debía albergar el legado del primer atlantur.

—Estoy seguro de que fue construido por el hijo de Urias-Kut, con la ayuda de los puristas —explicó a sus compañeros.

Treinta siglos después de la desaparición de los cristales sagrados del palacio de Aheolian-Priem, los valientes y apasionados hombres de ciencia estaban decididos a develar el milenario secreto.

Desde el primer día, la misión constituyó un gran desafío debido a lo difícil y peligroso de sortear las escarpadas laderas de las montañas Cosigor, casi siempre cubiertas por la niebla y azotadas por fuertes vientos. Pero contaban con el pergamino de Danir. Sobre él estaba dibujado un detallado mapa, bien conservado a pesar del paso del tiempo. Parecía indicar la ubicación exacta de la montaña en cuyas entrañas debía encontrarse la cámara.

Durante días, se adentraron en la imponente cordillera. El equipo, formado por siete hombres y tres mujeres, logró ingresar a un apartado valle, al pie de un enorme glaciar. En ese lugar levantaron el campamento donde descansarían por una noche. Empezarían a escalar muy temprano por la mañana.

El ascenso fue lento. Dos días más de penosa marcha y llegaron a una saliente que coincidía sorprendentemente con una marca dibujada en el mapa. Con mucha dificultad, y luego de un concienzudo reconocimiento, lograron descubrir la entrada a una caverna, muy bien disimulada por la nieve y el hielo.

—El acceso parece haber sido tapiado hace muchísimo tiempo —dijo uno de los arqueólogos.

—Debe ser obra de los puristas —respondió Esius.

Seguros de encontrarse tras la pista correcta, procedieron a abrir una entrada con un potente cortador láser. Una vez dentro, descubrieron que la caverna conectaba a un túnel que descendía muy profundo hacia el interior de la montaña, con una escalera tallada en la roca misma.

Sus corazones latían intensamente mientras descendían. Solo la luz de sus linternas les permitía distinguir los peldaños que los llevaban hacia lo desconocido. Las luces proyectaban extrañas y fantasmagóricas sombras que parecían seguirlos en silencio. Todos eran conscientes de que podría haber trampas ocultas. Esius-Brys aún tenía fresca en la memoria la horrible muerte de Bolert-Kor.

Finalmente alcanzaron un salón construido en el corazón mismo de la montaña, donde encontraron una imponente puerta que estaba grabada, al igual que el pergamino, con la antigua escritura de los atlanat.

Luego de un concienzudo análisis, pudieron descifrar: “Ingresa solo si eres verdadero hijo de la Atlántida. Dentro yace la tabla secreta de Utal-Lisen, con el regalo de los dioses para sus descendientes”.

La excitación se adueñó por completo de todos. Tras una breve deliberación decidieron forzar la puerta.

Rompieron los seguros y cadenas que la mantuvieron cerrada por quién sabe cuántos años, e ingresaron a una gran cámara abovedada. Avanzando cuidadosamente, descubrieron en el centro del recinto la abertura de un angosto y profundo pozo. En el fondo, distinguieron lo que parecía ser un extraño y muy hermoso cristal, que devolvió la luz de sus linternas con brillantes y vívidos destellos. Junto al cristal yacía una tabla de piedra. También se percataron de que, a una altura de más de dos hombres, había cuarenta y dos pequeñas cavidades talladas en la roca, y al interior de ellas cuarenta y dos cristales, muy parecidos al que estaba dentro del pozo, pero mucho más pequeños.

De pronto, un extraño e intenso brillo empezó a adueñarse de la cámara. Era la primera vez en miles de años que el lugar recibía visitante alguno, y ahora la luz artificial de sus linternas se estaba reflejando en los cristales, produciendo un espectáculo mágico, cautivador. Un sentimiento de paz y tranquilidad los envolvió rápidamente, haciéndolos perder por un momento la noción del tiempo y olvidar el lugar donde se encontraban.

Sorpresivamente, un hombre armado apareció ante sus ojos.

—Me entregarán los cristales y la tabla —dijo amenazante—. Ustedes nunca abandonarán la cámara de la purificación.

—¿Quién eres tú? —preguntó Esius.

—Veo que no me reconoce, doctor.

Aquel hombre se acercó a la luz, revelando sus facciones. El arqueólogo dejó escapar una expresión de sorpresa:

—¡No es posible, tú eres un guardián!

—Siento desilusionarlo, pero en realidad soy un siervo del primer atlantur. Y gracias a su admirable labor, ahora seré recordado como el que recuperó su herencia.

—¿Por qué te hiciste pasar por un atolian?

—¿No lo adivina doctor? Gracias a una antigua crónica, que data del siglo primero de nuestra era, supimos que, poco antes de morir, el hijo de Urias-Kut enloqueció y asesinó a casi todos sus seguidores. Los pocos que quedaron nunca pudieron hallarlo. Ni a él, ni a los cristales. Fue necesario esperar a que un arqueólogo tan hábil como usted descifrara los manuscritos y encontrara este salón sagrado oculto por tantos siglos.

—Solo eres un seguidor más de las ideas del perverso atlanat.

—Urias-Kut fue la inspiración de los primeros puristas, es cierto, pero fue su heredero quien, sobreviviendo a la caída de Vuhrán, se convirtió en el supremo guía que logró reunir nuevamente la herencia de Utal-Lisen, alejándola del linaje del falso atlantur que se asentó en Rodia.

Esius-Brys sintió una opresión muy fuerte en el pecho. No terminaba de creer lo que estaba ocurriendo.

—Hubiera preferido no encontrar jamás el pergamino de Mansalia. Por miles de años este invaluable tesoro ha permanecido a salvo en lo profundo de esta montaña.

—Hasta que llegó usted, doctor Brys. Cuando notamos su particular interés en la época de la historia en que todo esto ocurrió, empezamos a seguirlo en secreto. Supimos que tras el terremoto que remeció parte de aquella cordillera hace algunos años, no escatimó recursos en las múltiples excavaciones arqueológicas que realizó. Solo era cuestión de tiempo hasta que encontrara la pista correcta.

—¿Me estuvieron siguiendo todos esos años? —preguntó confundido y asombrado.

—Y gracias a su infatigable trabajo, los legítimos herederos del primer atlantur conservaremos el legado sagrado. Este es nuestro gran

triunfo sobre los falsos guardianes —exclamó el purista, sin dejar de apuntarles con su arma.

—Estos artefactos son patrimonio del pueblo atlante —intervino otro de los arqueólogos, exaltado ante la idea de perder el invaluable tesoro.

—¡Guarden silencio! Y procedan a retirar el cristal y la tabla del pozo con mucho cuidado.

Esius-Brys los convenció de hacer caso a las palabras de aquel fanático, pensando que si lo obedecían tendrían una oportunidad de salir de la montaña.

Uno de los expedicionarios descendió con cuidado y retiró ambos objetos del lugar donde habían permanecido ocultos, al margen de la historia, los últimos tres mil años.

Nadie estaba preparado para lo que ocurrió después. En el instante en que la tabla dejó de presionar la roca sobre la cual estuvo apoyada por tanto tiempo, se escuchó la activación de algún tipo de mecanismo, y para sorpresa y pánico de todos, la cámara entera empezó a temblar y a sacudirse.

—¡Apresúrate, Otral, tienes que salir de ahí! —gritó Esius.

Al decidido expedicionario le costó trabajo mantener el equilibrio, pero finalmente logró salir del pozo.

—Ahora deja todo en el suelo y aléjate —le indicó el purista.

Sin quitar la mirada de los arqueólogos, ni el dedo del gatillo, procedió a guardar el cristal en una bolsa de cuero.

—Doctor Brys, debo confesarle que llegué a creer que usted sí entendería la importancia de que este legado no caiga en manos impuras. Veo que me equivoqué, y ahora todos ustedes lo pagarán con sus vidas.

Inesperadamente uno de los arqueólogos se abalanzó sobre el hombre armado, recibiendo en el pecho una descarga mortal.

—¡Estúpido! No tenías la menor oportunidad. Ahora todos aléjense un poco más. ¡Hacia ese rincón!

Los nueve sobrevivientes tuvieron que obedecer mientras el purista tomaba la tabla lisénica para guardarla en otra bolsa que colgaba de su espalda.

El temblor se intensificó y la cámara entera empezó a hundirse en la montaña. Esto hizo que el hombre perdiera el equilibrio y dejara caer la tabla, que se partió en dos. Simultáneamente, una enorme fisura se abrió en el suelo, y tanto las dos mitades de la tabla, como los arqueólogos y su atacante quedaron separados por un abismo.

El purista tomó la mitad que quedó a su alcance, y luego de asegurarse de llevar aún consigo el cristal mayor, abandonó rápidamente el lugar.

Esius-Brys y su equipo se apresuraron en recoger los cuarenta y dos fragmentos menores y la otra mitad de la tabla. Empleando parte del equipo con el cual habían escalado la montaña empezaron a cruzar hacia la única vía de escape. No había tiempo que perder, la cámara entera estaba a punto de desaparecer bajo la tierra.

Solo cuatro de ellos lograron sortear el abismo, alcanzando la escalera de piedra que aún resistía la furia de la montaña. El techo de la cámara terminó por colapsar, mientras los sobrevivientes iniciaron un desesperado ascenso hacia la superficie.

—No sé si podremos lograrlo —dijo Esius a sus compañeros—. Es un recorrido muy largo hasta arriba.

Continuaron avanzando, tratando de mantener la calma. No tardaron en notar un túnel que dejaba entrar la luz exterior. Esius-Brys recordó entonces la misteriosa destrucción de la fortaleza de Mesíhn, y llevado por una mezcla de superstición y respeto por la sabiduría de la antigüedad, se aseguró de que los cristales estuvieran fuera del alcance de los rayos de Milian.

—¡Debemos escapar por el túnel! Nunca lo lograremos por las escaleras. ¡Están a punto de derrumbarse! —gritó a sus compañeros.

Milagrosamente, alcanzaron la luz del día y su salvación. La montaña había dejado de temblar y los sobrevivientes empezaron el descenso. Todavía nerviosos y asustados, llegaron al valle y a la ruta que los sacaría de Cosigor.

Fue un penoso recorrido, pero todos se alegraron cuando encontraron intacto el todoterreno que dejaran oculto días atrás. Comprobaron que todos sus sistemas funcionaban y se dirigieron a una de las ciudades a orillas del Verul, donde se procurarían un transporte aéreo hacia la capital.

Sintiéndose más seguros camino a la costa, uno de ellos se animó a decir:

—Apenas puedo creer que nos hayamos salvado.

—No creo que estemos a salvo aún —dijo Esius.

Los demás asintieron en silencio.

—¿Cómo pude creer en las palabras de ese hombre? Haciéndose pasar por un guardián de la casta iniciada por el atlantur Aheolian-Priem,

logró utilizarnos para sus oscuros propósitos. Para serles honesto, no creo que haya sobrevivido ningún atolian hasta nuestros días.

—No seas tan duro contigo, Esius. Aún tenemos la mitad de la tabla y los cristales —trató de animarlo uno de sus colegas.

—Tienes razón, y ahora es nuestra obligación mantener este tesoro lejos de aquellos dominados por ese fanatismo que ya conocimos y del que hemos sido víctimas.

Durante el resto del viaje, Esius-Brys se mantuvo meditabundo. Se sentía responsable por la muerte de los demás integrantes de la expedición. No dejó de observar el retro monitor, temiendo que los pudieran estar siguiendo. Solo se moverían de noche.

El vehículo que los transportaba estaba equipado con un sofisticado sistema que les permitió hacer un análisis molecular de los cristales. Para su sorpresa, estaban compuestos por elementos totalmente desconocidos en el planeta.

Empleando identidades falsas sobrevolaron el mar de Ziáhn y arribaron a Rodia, hospedándose en un discreto hotel de las afueras. Se tomarían un descanso para discutir el camino a seguir.

—Debemos buscar la protección del Aztar. Es imperativo que involucremos tanto al Kihan-Sery como al Galot-Orn en este asunto —dijo Esius.

Aunque realmente no confiaba en la mayoría de políticos, el arqueólogo tenía la esperanza de que, con el apoyo de ambos poderes, los cristales estarían a salvo.

—No tengo mayor reparo en buscar ayuda en la cámara de diputados. En cuanto a los senadores, no creo que debamos precipitarnos en revelarles este hallazgo —intervino uno de sus compañeros.

—Comparto tu temor, tampoco confío en ellos, pero es nuestra única alternativa. Debemos dividir este tesoro.

—¿A qué te refieres?

—Debemos entregar a cada grupo únicamente la mitad de los cristales. Así conseguiremos un equilibrio —dijo Esius, buscando la aprobación de todos.

—De acuerdo... Creo que es nuestra mejor opción.

—Estamos frente al descubrimiento más importante de la historia. Conocer acerca de nuestro origen nos permitirá entender mejor nuestro lugar como especie en el universo, y ello dependerá en parte de cómo aprovechemos esta oportunidad.

Al día siguiente, Esius tomó un tren subterráneo hacia el centro de la ciudad. Iba acompañado de uno de los arqueólogos sobrevivientes de Cosigor.

En el trayecto fueron testigos de la intensa cobertura mediática sobre la misión tripulada a la estrella Yestia. El capitán Kihal y su tripulación partirían en diez días.

—Aún me cuesta creer que vayan a hacerlo —exclamó Esius.

—¿Abandonar el planeta por tanto tiempo?

—Dejar todo lo que conocen para siempre. Si tienen éxito volverán en quinientos años.

—Es posible que nuevas tecnologías los alcancen mucho antes que eso.

—También lo he pensado. Quién sabe qué nuevos sistemas de propulsión se desarrollarán en el futuro... Bien, llegamos a la Estación Central.

El tren se detuvo y cientos de personas salieron rápida pero ordenadamente. La estación principal, construida bajo el corazón de Rodia, abarcaba decenas de niveles subterráneos. Innumerables comercios y kioscos ofrecían los más diversos productos y servicios, atrayendo a los fugaces clientes que, en su camino a sus quehaceres, empleaban a diario la terminal donde confluían trenes provenientes de todos los rincones de la ciudad, y de otras partes de la isla oriental.

A decenas de lakets sobre ellos se encontraba la Vía Principal, amplia avenida que atravesaba un gran rectángulo formado por varias manzanas, donde se ubicaban los principales edificios de gobierno, museos, y demás instituciones culturales.

Un rápido elevador los llevó hasta la superficie, donde lo primero que atrapó su atención fue la imagen del imponente edificio que albergaba al Aztar.

—Espero que no estemos equivocándonos.

—No tenemos alternativa —respondió Esius.

—¿Estás seguro?

—No tanto como quisiera.

Luego de pasar por los estrictos controles, gracias a un salvoconducto que les había dado el senado, para ingresar al edificio más importante del gobierno, recorrieron el pasillo de decenas de lakets de largo, hasta llegar a una sala de espera.

—Tenemos cita con el senador Tyar —se anunció Esius con cierto nerviosismo.

—Déjenme confirmarlo, señores —dijo la recepcionista—. Por favor, manténgase en los círculos de identificación.

Un instante después se invitó a los científicos a pasar a un cuarto contiguo al salón de audiencias.

—¿Qué ocurre? —preguntó el compañero del doctor Brys.

—No estoy seguro. Los miembros del Kihan-Sery tienen fama de no atender a mucha gente, y a nosotros nos reciben al día siguiente de nuestra llamada. Me extraña además que la orden de arresto que pendía sobre mí haya quedado suspendida en cuanto llegamos a Rodia.

Dentro de la habitación los esperaba un hombre vestido con un sobrio uniforme gris.

—Bienvenidos. Soy el asistente del senador. Él los está esperando en su despacho privado —dijo con actitud particularmente solícita.

Era muy inusual que personas no pertenecientes al Aztar accedieran a los niveles inferiores del complejo. Los despachos públicos de los senadores y diputados estaban ubicados en los pisos superiores.

Parte de la pared se deslizó silenciosamente, dejándolos ingresar a un largo corredor que terminaba en un puesto de control.

Un momento, por favor, dijo una voz de computadora, Escaneo en progreso...

—Nunca me han gustado los escaneos corporales —exclamó Esius.

—No hay otra forma de seguir adelante —intervino el asistente.

Gracias. Pueden continuar.

Accedieron a un elevador que pareció descender varios niveles antes de detenerse por completo.

—Estamos muy profundo bajo tierra. ¿No es así? —preguntó el arqueólogo.

—Es por la seguridad de los senadores.

—¿Todos ellos tienen un despacho subterráneo?

No hubo respuesta a la pregunta. Dejaron el elevador y se encontraron en un vestíbulo, donde cuatro guardias fuertemente armados custodiaban una imponente puerta grabada con las iniciales “TT”.

Se ubicaron frente a la puerta, y en vez de deslizarse, ésta empezó a pivotar sobre su eje, hasta abrirse lo suficiente como para permitirles el ingreso a una habitación apenas iluminada.

—Sean bienvenidos, mis buenos amigos —dijo una voz que provenía del interior.

—Adelante, el senador los espera.

Ingresaron con cierta aprensión. La puerta no demoró en cerrarse tras ellos.

—Tomen asiento, por favor —les pidió el hombre sentado en el sobrio escritorio metálico. La intensidad de la luz aumentó levemente y pudieron notar las facciones de su anfitrión.

Thelgyn-Tyar era un hombre de edad avanzada. Aquello se podía evidenciar por el color de sus cabellos y las arrugas en su rostro. Su mirada, por otra parte, delataba no solamente una mezcla de sabiduría y confianza en sí mismo. Había algo más que no se podía definir claramente y que llegó a incomodar a Esius-Brys.

Sin embargo, el hombre de ciencias era consciente de que se trataba del senador más influyente del Kihan-Sery, y estaba decidido a negociar un futuro seguro para la herencia milenaria. Sin perder tiempo procedió a relatarle todo lo que consideró pertinente acerca del descubrimiento en Cosigor.

El senador se limitó a escuchar atentamente.

—Han hecho bien. La herencia de Utal-Lisen no debe caer en manos equivocadas.

—Ese es nuestro mayor deseo —dijo Esius.

—Ahora tengo que preguntarles algo. ¿Junto con los cristales no encontraron una tabla de piedra, grabada con una escritura muy antigua?

—Me doy cuenta de que conoce acerca de la tabla secreta, senador. Desafortunadamente alguien se nos adelantó. No pudimos hallarla.

—Es una desgracia que parte del legado del primer atlantur se haya perdido.

—Sí, es muy lamentable. Pero al menos logramos salvar los cristales.

—¿Y ahora han venido a entregármelos?

—Solamente la mitad de ellos. Usted sabrá entender que debemos tomar todas las precauciones para cuidar que este descubrimiento tan importante esté siempre a buen recaudo.

—Explíquese —dijo el senador sin inmutarse.

—El resto será entregado al Galot-Orn.

—Una sabia decisión.

—Senador, en cuanto a mi situación personal...

—No te preocupes. Tu valioso aporte a la sociedad es más que suficiente para borrar cualquier falta del pasado. Entiendo que ahora querrán reunirse con los miembros del Segundo Poder. Haré las coordinaciones para que los atiendan de inmediato.

Una hora más tarde Esius-Brys abandonó el Aztar aliviado por el acuerdo que había conseguido. Los cristales serían entregados en partes

iguales a ambos concejos de representantes y la orden de arresto que pendía sobre él por la muerte de Bolert-Kor quedaría anulada. El caso sería archivado definitivamente.

A pesar de las buenas noticias el arqueólogo no confiaba completamente en Thelgyn-Tyar, y fue por ello por lo que durante la entrevista prefirió no hablar del purista que se apoderó del fragmento mayor del cristal, ni revelar que tenía escondida la mitad de la tabla secreta.

Estaba decidido a descifrar el significado del pasaje que lo había cautivado y lo tenía confundido desde el milagroso escape de las profundidades de Cosigor:

*Cuando el cielo sea conquistado, su luz despertará al cristal sagrado,
el cual abrirá la puerta al Antia.*

*Un solo fragmento equivalente al viajero bastará,
ya que el cristal entero es como toda la luz del cielo.*

Los cristales fueron entregados a ambos poderes del Aztar a la mañana siguiente e inmediatamente, estos acordaron conformar una comisión científica que se encargaría de su estudio.

Al mediodía se hizo público que en lo profundo de una cadena de montañas en la isla de Vuhrán, se habían hallado una serie de extraños artefactos que databan de comienzos de la era lisénica, y que parecían tener origen alienígena.

La identidad de los arqueólogos se mantuvo en secreto. Esius-Brys creyó que de esa manera estarían a salvo del peligroso fanatismo del que habían sido víctimas días antes.

Confiaba además en que los cristales se convertirían en patrimonio universal. Lo que no podía imaginar era que algunos de los senadores más radicales del Kihan-Sery eran miembros de la casta iniciada por el heredero de Urias-Kut. Una parte importante del gobierno de Atlantia estaba bajo el control de puristas desde hacía mucho tiempo.

—Has fallado en tu misión... Ahora debo idear un plan para apoderarme de los cristales en manos del Galot-Orn. Además, me has traído únicamente la mitad de la tabla —dijo un enfurecido Thelgyn-Tyar.

Conociendo lo cruel y despiadado que podía ser el senador, el purista que escapó de la montaña había decidido ocultar el fragmento mayor del cristal.

—Denos tiempo para recuperar la otra mitad. No fallaremos esta vez.

—De eso estoy seguro. ¡Ahora retírate!

Luego de que el purista abandonara la habitación, el hombre más poderoso del Sery le indicó a su asistente:

—Hazlos llamar. La hora se acerca.

Desconociendo la existencia del cristal mayor, el senador ordenó eliminar a los seguidores de Urias-Kut que no pertenecían a la clase política de Rodia. El implacable Servicio Secreto, bajo las órdenes del Kihan-Sery,

no logró sin embargo eliminar al sobreviviente de Cosigor, quien logró escapar con el cristal, escondiéndolo lejos de los que lo habían traicionado.

Por otro lado, Thelgyn-Tyar sabía que la otra mitad de la tabla lisénica estaba en poder de Esius-Brys, por lo que pocos días después del anuncio del gran hallazgo, uno a uno los integrantes de la misión arqueológica empezaron a morir de maneras extrañas, o a desaparecer sin dejar rastro alguno.

Dos semanas después del trascendental descubrimiento, el doctor Brys todavía permanecía con vida, gracias a que se había ocultado en el extremo occidental de la isla de Vuhrán. La franja de costa al sur de las ruinas de Únthea y al norte del volcán Pelorus, extinto hacía más de dos mil años, estaba poco habitada, y el arqueólogo pudo esconderse del Servicio Secreto. Tras haber burlado a los agentes en varias oportunidades, llegó a creer que podría mantenerse lejos de sus perseguidores indefinidamente.

Pero una noche su suerte terminó, cuando fue sorprendido por la policía local. Thelgyn-Tyar había roto su promesa inicial, reabriendo el caso que lo inculpaba por la muerte de un hombre en las ruinas de Danir. Fue hecho prisionero y trasladado hasta las profundidades del Aztar.

—¿Pensaste que podrías esconderte de nosotros por siempre? —preguntó el senador.

—Maldita la hora en que creí que podía confiar en los políticos. ¡Qué estúpido fui!

—Mi audaz arqueólogo, sí puedes confiar en los representantes del Orn, quienes luchan por los intereses del pueblo. Pero como recién ahora estás descubriendo, no son ellos quienes dirigen el destino de Atlantia.

Acusado de traición y asesinato, Esius-Brys fue sentenciado a muerte, y ejecutado en secreto. Ahora el poderoso senador, cabeza de los puristas, poseía la tabla lisénica completa.

Por su parte la comisión científica encargada del estudio de los cristales no solo había confirmado su procedencia extramiliánica, sino que concluyó además que se trataba de dispositivos poseedores de una extraña y poderosa energía.

Sorpresivamente, por recomendación de Thelgyn-Tyar, la misión tripulada a Yestia fue cancelada, y todos los recursos de la Agencia Espacial se destinaron a la experimentación con los cristales. Se puso en marcha una intensa campaña mediática que tuvo como fin dirigir la atención del público hacia las nuevas posibilidades que abrirían los objetos alienígenas. La tripulación de la Sabris tuvo que conformarse con el hecho de que ahora el objetivo del planeta entero era intentar descubrir cómo utilizar los cristales.

Al comienzo, las pruebas no dieron resultados muy alentadores. La compleja red de estructuras subatómicas se negaba a revelar el secreto sobre su verdadero propósito. Cada experimento que se realizaba solo confirmaba que los enigmáticos objetos funcionaban como generadores de una misteriosa energía.

Tras uno de los fallidos experimentos, los cuarenta y dos cristales encontrados en Cosigor quedaron subdivididos en muchos fragmentos menores. Thelgyn-Tyar ordenó detener todas las pruebas.

“Cuando el cielo sea conquistado, su luz despertará al cristal sagrado”, se había repetido incesantemente, sin llegar a entender lo que quería decir aquel pasaje grabado en la tabla.

La comisión científica había descubierto que cada vez que la luz de Milian los alcanzaba, estos empezaban a reaccionar, afectando la estructura molecular de todo objeto con el que estuvieran haciendo contacto.

Una noche, como resultado de su propia interpretación de la tabla lisénica, el senador imaginó que tal vez funcionarían de alguna manera en el espacio exterior. Se procedió entonces a efectuar un experimento a una corta distancia del planeta. Expusieron uno de los fragmentos a los rayos de Milian, modificando progresivamente la longitud de onda de luz que lo irradiada. Los primeros resultados parecieron indicar que algún tipo de anomalía estuvo a punto de ocurrir. Continuaron experimentando cada más lejos, hasta que luego de varios fracasos probaron en un punto ubicado a casi diez duses de la estrella: algo maravilloso sucedió. El cristal pareció finalmente revelar su secreto, cuando produjo una singularidad en la continuidad del espacio-tiempo.

Para algunos científicos, se trataba de un portal Inter dimensional, que, funcionando como un maravilloso atajo cósmico, permitiría alcanzar distantes sistemas estelares.

El grupo a cargo del recientemente denominado “Proyecto Cristal”, quedó asombrado y sumamente entusiasmado con las posibilidades. Si se probaba que los cristales eran efectivamente el atajo a otros puntos del universo, la historia de los orígenes de los habitantes del planeta Atlantia seguramente tendría que ser reescrita.

La ciencia no había podido responder aún las interrogantes fundamentales sobre el origen de la vida avanzada en el planeta. Si bien la historia geológica era coherente, la mayoría de las especies biológicas no presentaban un registro fósil que explicara su procedencia o evolución.

Ahora empezarían a buscar la cuna de su raza en el espacio exterior, en algún desconocido y distante mundo.

Los científicos empezaron a especular cómo podrían llevarse a cabo tan fantásticos viajes. Algunos pensaron que el cuerpo humano no podría soportar los efectos de la energía liberada por los cristales, o que simplemente terminaría aplastado por alguna descomunal fuerza gravitacional.

Otros plantearon que se trataba únicamente de dispositivos de comunicación entre distantes puntos del espacio, más no instrumentos que permitirían realizar viajes tripulados.

Cualquiera que fuera su utilidad, la Agencia Espacial decidió que era imprescindible enviar una misión para descubrir la verdad acerca de los enigmáticos artefactos.